

JUAN PABLO

REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.



DIBUJANTE CARICATURISTA:
V́ctor P. de Landaluz (D. Junfpero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, | Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 | Núm. suelto.....,, 25

Habana 10 de Marzo de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses....\$ 3-75 | Un año.....\$ 12-75
Seis meses....\$ 7,, | Núm. suelto....\$,, 30

Núm. 10.



BAILE Á BORDO DE LA FRAGATA GERONA.
(MARZO 6 DE 1872.)

Juan Palomo.

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mareo, por Juan Perez.—Misterios del tocador... (y no de guitarra), por Juan de Austria.—Al autor de sus días (poesía), por Juan de las Viñas.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por H. Hiraldez de Acosta.—¡Cuernos! por Juan Diente.—Sartenazos.—Geroglífico.

CARICATURAS.—Por Don Justipera.—Baile en la fragata Gerona y despedida del Príncipe Alejo, por Cisneros.

MENESTRA SEMANAL.



untando todas las emociones que hemos experimentado en estos últimos días, resultan demasiadas emociones para un hombre sólo.

Gracias á que éramos muchos y las hemos repartido convenientemente entre rusos, alemanes, franceses, ingleses, americanos y españoles, para lo que ustedes quieran mandar.

Porque para todos ha habido un cacho de Príncipe y un trozo de diversion, aplicada á los gustos de cada cual.

El que no ha ido al baile de la municipalidad ha ido al de la Gerona; el que no ha visitado las obras de Vento, con su enjambre de moscas, ha estado en los toros, y el que no en el teatro, y el otro en los fuegos, y éste le ha visto la cara al Príncipe, y el de más allá no se la ha visto. Que todo es diversion cuando se trata de dar hospitalidad á una persona de elevada alcurnia.

Dicen que todo eso se necesita para dar hospitalidad al viajero.

Yo he visto una niña de diez y ocho abriles, bonita como un premio de lotería, con un vestido muy largo de abajo y muy corto de arriba: la he visto bailando con su novio, que le decía al oído palabras muy tiernas. La he visto ponerse muy colorada, estremecerse toda y bajar los ojos mientras su galán le pegaba un pellizco...

Vamos, convenzan ustedes á esa niña y convénganme á mí de que lo que ella hacia era obsequiar al ruso y ayudar á que le pareciera agradable la hospitalidad!

De la noche á la mañana aparecieron forrados de bayeta encarnada los salones del Ayuntamiento. Parecía aquello un campo de amapolas.

En el patio había un jardín conmovedor. Me figuraba estar viendo una decoracion de jardín de un teatro casero.

Se armó un baile, que en honor á la verdad, estaba bueno, muy bueno.

Yo entré en la casa, y delante de mí iban un señor alto, viejo, y otro bastante joven.

Llegamos á la puerta del salon de sesiones de la municipalidad, y el más joven preguntó á su compañero:

—¿Vá usted á pedir una polka?

—Nó, hombre; para pedir algo aquí, pediría que me rebajasen la contribucion.

Quieras que no quieras, el Príncipe ha ido á las obras del canal de Vento.

Gracias á Dios que sirven para algo esas obras! El Príncipe se enteró de todo minuciosamente.

Los trabajos se inauguraron en febrero de 1859 con un banquete que costó 50,000 duros.

Emocion general en ruso por todos los presentes y muchos de los ausentes.

Las obras son magníficas.

—Con este acueducto estará la poblacion surtidísima de agua, dijo Alexis.

—Eso sí, le contestaron, no hay más que llenar unas cuantas cubas, se cargan en un carro, se engancha una mula, y ¡jarre! á la Habana á llevar agua.

Alexis se conmovió y pidió planos para hacer en su país un acueducto portátil con mula y carretón.

Hoy me olvido por completo de que la mision mia no es reseñar fiestas, sino hablar un poco de política, ó mejor dicho, burlarme de la política.

Pero sí, sí! vaya usted en estos días á buscar política.

En España no ocurre nada, porque Tirios y Troyanos se están preparando para el trueno gordo de las elecciones.

Los filibusteros no se ocupan más que de publicar cartas á Carlos Manuel de Céspedes, y aún hay quien dice que se ocupan tambien en escribirlas, á gusto del consumidor, ántes de anunciar que las han recibido.

Y, qué más? para que falte del todo la política, no la han tenido con la prensa los que han dispuesto las diferentes excursiones que ha hecho el Príncipe Alejo por las cercanías de esta capital.

¿Quiere usted más?

De un sólo acontecimiento político tengo hoy que dar cuenta.

En Marianao ha habido una riña de gallos en honor de S. A. el Gran Duque Alejo.

Yo no sé si el hijo del emperador de todas las Rusias habrá creído ver en este espectáculo una alusion á los partidos políticos de todos los países. ¡Puede!—Poco más, poco menos, en todas partes son lo mismo.

El Príncipe vió conmovido cómo se sacudían espilonazos los dos animalitos.

Los gallos se excedieron á sí mismos.

Antes de la lucha hubo una persona que les hizo las reflexiones que eran del caso.

—Desde esas gradas, les dijo, la Rusia os contempla: como quienes sois combatid. No vaya á decir el imperio moscovita que aquí tenemos gallos de poco más ó menos. ¡A luchar, valientes!

Dicen que la familia de Alejo quedó muy disgustada del recibimiento que en los Estados Unidos hicieron á éste, entre otras cosas, porque el Presidente Grant no le pagó la visita.

Obsequiosos hemos estado con el regio vástago, y él se lo merece; la verdad sea dicha, pero tambien le hemos proporcionado espectáculos fuertes.

Le hemos regalado una corrida de toros y una riña de gallos.

Y hasta le hemos puesto colorado el piso de los salones de baile.

Mi amigo Landaluz lo ha dicho en una de sus graciosas caricaturas:

—¿Si todo eso lo hacemos cuando deseamos obsequiar al Príncipe, agasajarle, mimarle y ponerlo más contento que unas pascuas, qué sucederá el día que tratemos de horrorizarlo?

Meditemos sobre este punto, y digamos con el Angel: alabado sea...

JUAN PALOMO.

MAREO.

Ya pareció aquello.

Aquello es don Fermin, mi vecino de marras que habia cesado de marearme con su charla durante los últimos ocho días.

Su entrada en mi cuarto fué repentina; parecía disparado por un mortero. Serían las ocho de la mañana, hora que escucho yo diariamente arrebujado con seráfica beatitud en las sábanas, cuando don Fermin se dejó caer sobre mi casto lecho con todo su específico peso y medida, gritando á voz en cuello.

—¡Arriba, paisano! Tenemos mucho que hablar y estoy de prisa.

—Hola, don Fermin! ¿De dónde diablos sale usted ahora? ¿qué ha sido de su vida?

—A decírselo vengo, porque es preciso que usted lo sepa. Ocho días hace que no nos vemos, ¿no es verdad? Pues los he consagrado exclusivamente á las dos grandes novedades del día; á ver, admirar y aplaudir al príncipe ruso y á curarme unas malditas paperas que Dios me mandó para entretener mis ócios. ¡Ay, paisano, qué príncipe y qué epidemia!

—Hombre, eso de llamar epidemia á un ilustre vástago de una rama gloriosa de un tronco augusto me parece algo irreverente.

—¡Nó, carátula! si yo me refería á las paperas, que están de última moda; por lo demás, su belleza moral y física, su inherente prestigio, su...

—Pero ¿está usted loco? Si continúa usted hablando de la belleza y prestigio de esa aborrecible enfermedad, en vez de calzarme este botín se lo tiro á la cabeza. Mírelo usted bien; es el izquierdo.

—Vaya una salida, hombre; si yo hablaba ahora del Príncipe Alejo.

—Pues, don Fermin, lo que es en ayunas tiene usted muy malas explicaderas.

—Como usted quiera. Pero se halla usted dispuesto á escuchar mi historia de los ocho días?

—Sí, porque usted no me dispensará de oirla. Ea, cuéntela usted en tanto me visto, pero le recomiendo el sistema sintético.

—En primer lugar, me he dedicado fervorosamente á darme unturas y á aprender el ruso; un trozo de gramática por dentro y una cataplasma por fuera; la instruccion del espíritu y el saneamiento de la carne. Esta ha sido mi tarea. En el ruso he llegado ya á...

—Cuando ménos á traducir los romances de Miguel Somonosaff ó el libro que publicó en tiempos de Pedro el Grande el príncipe Kantemir. Pues, por si acaso le dá á usted la mala idea de recitarme algo de eso, le prevengo que tengo en la mano el botín derecho y estoy decidido á andar descalzo.

—Canario, paisano, y qué desarrollada tiene usted la propension á tomar el rábano por las hojas! Mis estudios del idioma ruso, que dicho sea entre paréntesis, se deriva del slavo y su alfabeto consta de treinta y seis letras, no tenían otro objeto que el de ponerme al habla con el príncipe Alejo sin intervencion de tercero en nuestra plática. Pero este pícaro tumor me ha privado de ese gusto. Ya vé usted; no era cosa de hacer una visita de cumplimiento llevando á cuestras un emplasto á lo Sor-Patricinio.

—Emplasto histórico, amigo don Fermin. Y ¿se puede saber lo que iba usted á decir á S. A.?

—Hombre, sí; primero, preguntarle por la salud de la señora y los niños, como es de buena educacion, y luego enterarme de ciertas sinuosidades de la política rusa, que estoy desazonado por no conocerlas á fondo.

—Y todo eso en ruso, por supuesto.

—En ruso, sí señor; es un idioma que me seduce, sobre todo por su excesiva blandura, y para el que yo poseo disposiciones naturales, que ni de encargo; esto le parecerá á usted extraordinario, pero no por parecerlo es ménos cierto, lo digo con formalidad. Vea usted en este papel una prueba de mis adelantos, paisano; yo me llamo Fermin Tolete, ¿verdad? pues aquí me tiene usted traducido íntegro al ruso por mí mismo y sin auxilio del diccionario; lea usted: "Ferminoff Toletoff," para lo que guste usted mandar.

En nada estuvo que soltara la carcajada al leer el escrito que gravemente me presentaba don Fermin; pero habia en el acento de este tal conviccion, era tan ingénua la mirada con que me pedía mi aprobacion y hasta mi asombro por sus rápidos progresos en la lengua de Catalina la Grande, que se traía entre manos, que me contuve, no queriendo destruir sus inocentes ilusiones.

—Señor Tolete, le dije, aplaudo su entusiasmo y admiro su talento; creo, así Dios me salve, que está usted llamado á hacer un buen papel en la Corte moscovita; nada, pecho al agua, haga usted el viaje y escribame en llegando. Hay por allí prójimos bastantes que me reemplacen en la grata tarea de escuchar sus diarias inspiraciones, y diga el mundo lo que le dé la gana, es lo cierto que no vale más que usted cualquier comisario de policía de San Petersburgo.

—Gracias, señor de Perez, permítame que apunte en mi cartera eso último. San Petersburgo es un santo ruso que desde ahora me interesa.

—Apunte usted, don Fermin, apunte usted y no me maree. Pero, dígame, cristiano, ¿cómo pretendió usted ser presentado á S. A.? Qué méritos invocaba para tener el honor de hablar familiarmente á tan eminente sujeto?

—Es decir, que segun usted, sólo las personas de mérito tienen el derecho de hablar á los príncipes? observó candorosamente don Fermin.

—Por supuesto, hombre; hay familiaridades de alto copete que no le están permitidas al vulgo, y con sobrada razon. Querer marear...

—Sí, el mareo, la muletilla de usted. Pues tambien existe el mareo en las alturas, y me atengo á lo dicho por muchos aeronautas. No hay cosa como subir mucho para experimentar desvanecimientos que ponen á uno á dos dedos del batacazo.

—Convenido; pero es un mareo por lo fino, del que usted no tiene noticias. Además, bueno estaría que los príncipes perdieran en hablar con cuatro pelagatos ó en otras puerilidades de este jaez el tiempo que necesitan emplear en estudiar la índole, necesidades y aspiraciones del pueblo que están llamados á regir, estudio tan sério como el del ruso, cuando ménos.

—Mi amigo quedó un instante como anonadado bajo el peso de mis palabras; pero en seguida se irguió altivamente, diciéndome con acento colérico:

—Paisano, usted toca el violón!

—Don Fermin!

—Sí, lo toca usted y á dos manos, porque no dice lo que siente, porque falsea la historia, porque tiene usted muy mal corazón en pretender rebajarme. Y esto no se lo mando á decir con nadie; ni siquiera se lo digo en ruso, idioma que me encanta por su blandura, etc., sino en el buen español que aprendí en mi tierra.

—¿Me quiere usted explicar ese arranque de dignidad ofendida?

—No deseo otra cosa. Yo, amigo Perez, así tal cual usted me vé y Dios me hizo, soy muy listo y abonado para ser oído por todos los príncipes, excepto el de Joinville, que es sordo como una pared maestra. ¿Que sólo los hombres de mérito rodean á los príncipes! Si esto fuera verdad, otro gallo les cantara, sobre todo á los que se han quedado sin principado.

—Dejemos en paz á los muertos, don Fermin!

—Es que esos muertos viven en la historia, contestó el buen hombre poniéndose en pié y tomando el sombrero con un ademán convulsivo: yo no quiero callar y no callaré. Sentado esto, continuó: Yo soy un hombre honrado, que vivo de mi trabajo, circunstancia apreciablesima en estos tiempos en que hay tantos aficionados á vivir del ajeno.

—Confieso, don Fermin, que me ha aplastado usted. Yo no lo decía por tanto; dudaba sólo que usted y S. A. tuvieran algo que decirse recíprocamente; pero ¡ah! ya no lo dudo.

—Otro error, y vá de errores; ¡ay, señor Perez! Hoy es para usted un día desgraciado, porque no dá golpe en bola. Yo le habria preguntado si en Rusia empezaba á estilarse el petróleo para uso comun; si por allá se seguía creyendo oficialmente que el emperador Guillermo era el mozo más valiente del mundo; si su ilustre padre conservaba el recuerdo de aquel pillo de Beroussky; si al pasar por Washington habia reparado en la pata coja de Mr. Sickles, y á su paso por la Habana en los chismes que empañan á los voluntarios, que son la pesadilla del ex-ministro yankee; si la fragata *Gerona*, y los castillos del Morro y la Cabaña le parecían grano de anís en punto á fortalezas, y otras cosas por el estilo. Pero ya que las paperas no me han permitido hablarle, yo se lo escribiré al Brasil, á la China, al fin del mundo! Y ahora, quede usted con Dios.

—Vaya usted con él.

D. Fermin se fué tan precipitadamente como entró. ¿Volverá? De fijo que sí, y se prepara desde ahora para otro *marco* vuestro afectísimo

JUAN PEREZ.

MISTERIOS DEL TOCADOR....
(Y NO DE QUITARRA).

—Hija, lo que es así no puedes ir al baile.

—¡Ay, mamá! pues yo no me quedo en casa.

—No veo otro remedio: ¿cómo vas á ponerte escotada si el cuello y espalda parecen un mapa mundi de relieve, con tanto hueso y tanta hendidura?

—Y eso qué?

—Nada; que si Julian te vé de ese modo, pierde la ilusion y te quedas sin novio. Con los vestidos altos puede una rellenarse bien y parecer otra cosa; pero á lo mejor viene por ahí un príncipe, tira la etiqueta de la manta y se descubre el pastel.

—¡Ay! mejor harías en decir que no se descubre nada!....

—Es verdad, esa es la cuestion.... que no se puede ver nada....

—Yo no sé estos príncipes por qué no consultan la opinion de los pueblos, y ántes de visitar una poblacion, se enteran de si todas las mujeres están bastante gorditas para recibirlos con los honores que requiere su elevada gerarquía.

—Oiga usted, modista, hágame usted el vestido de manera que se me vea el lunar que tengo aquí.

—¡Ave María Purísima! entónces al escote tiene que ser tremendo: vá usted á ir casi sin cuerpo.

—Pues, teniendo una cosa buena, quiere usted que no la luzca? ¿Cuándo encuentro yo otro Príncipe ruso que me proporcione una ocasion como esta?

—Póngase usted un buen postizo en otra parte.

—Eso es; falsificar lo que una tiene de buena ley....

—Pero, ¿qué dirá su marido de usted?

—Para mi marido guardaré la *copia* que usted me propone, pero el *original* es para ciertos casos tan importantes como este.

—¡Ay, papá! yo no voy al baile de la *Gerona* .

—Bueno, hija, bueno! después que me habeis hecho gastar treinta y cinco onzas entre tu madre y tú para ese dichoso baile, ahora salirme con esas....

—Pues no voy, porque Federico no tiene billete.

—Vaya un novio lucido que te has echado, que no puede ir á un baile donde vá su novia, porque no lo convidan.

—No lo convidan porque es muy guapo y todas las mujeres quieren siempre ir con él y desairarían á los demás.

—Hola! no tiene el mocito pocas pretensiones que digamos....! Ea, pues yo no quiero perder el dinero que he gastado.

—Pues yo no quiero perder un novio.

—Que aproveche uno de esos billetes que, segun dicen, han falsificado.

—¡Billetes falsos él....!

—Hija mia, creo que como novio tampoco es él muy *legítimo* : aún no me ha dicho una palabra sobre el particular y anda siempre huyendo el bulto: con que, para un novio que no es de buena ley, basta un billete falso.

—Buenos dias, Luisa.

—Hola, Carolina! Tú tan temprano por aquí? Perdona, hija, que no me levante á saludarte.

—¿Qué haces tan inmóvil en esa silla?

—Ya lo ves, estarme quieta.

—Pero te has puesto mala?

—Nó, mujer, sino que á las cinco de la madrugada me ha peinado el peluquero para el baile de esta noche y no me puedo mover por no descomponerme.

—No son las siete de la mañana! ¿Y has de estar así hasta las diez de la noche?

—Por fuerza. Mira, el peluquero me ha puesto estas tablitas para que no pueda mover el cuello y me ha atado los brazos á la silla para que no me rasque si me dan ganas.

—De manera que sólo te quedan expeditos los lábios?

—Justamente; el *gagnapiro* de mi marido dice que me debian haber sugetado.

—Pues ya tienes diversion....!

—¿Qué quieres? el peluquero no tiene otra hora disponible, y francamente, más vale esto que ir hecha una facha....

—¡Ay Sebastian! si supieras qué dolorcitos tan extraños siento....!

—Calla, mujer, eso no será nada.

—Nada, eh? no te acuerdas que hace más de ocho dias que he salido de cuenta?

—¡Alabado sea Dios! Pues podíamos ahora meternos en esos laberintos....!

—Y qué remedio tendría?

—Cómo qué remedio! aguantarse: pues hombre, no faltaba más; he gastado quince onzas para que vayas al baile del Príncipe, y casi casi podria venir al mundo un renacuajo á estorbarlo....!

—No seas atroz! pobre criatura!

—Yo quiero que mis hijos me obedezcan desde ántes de nacer; y no se moverá de donde está hasta mejor ocasion.

—No seas zoquete, Sebastian!

—Espera, que voy á escribir en un papel: "Hijo mio futuro, tu padre te ruega que permanezcas en ese encierro hasta el lunes: no me desobedezcas ántes de nacer." Trágate ese papel y se enterará el chico. ¡Caramba, yo no pierdo el baile!

—¡Ay! pues creo que no hay remedio.

—Aguanta un poco, mujer, mira que hemos gastado quince onzas....!

—¡Ay, que me duele mucho!

—Mas me duelen á mí las quince onzas. Haz fuerza y resiste.

JUAN DE AUSTRIA.

AL AUTOR DE SUS DIAS.

CARTA PARTICULAR.

Muy dueño mio y señor:
le dirijo estos renglones,
escritos á tropezones,
para hacer á usted un favor.

Porque favor, y no escaso,
es, segun yo me lo explico,
darle noticias del chico
que aquí tuvimos de paso.

Aquí estuvo tan contento que daba gusto mirarle, y se esmeró en obsequiarle el señor Ayuntamiento.

Diéronse bailes, corridas, se hicieron muchos primores, hubo fuegos, voladores y hasta de toros corridas.

Que por darle, no es pasión, ni es amor propio falaz, hay aquí gente capaz de darle una desazon.

Entre cosas que me callo, se luchó á brazo partido, y si un gallo fué el vencedor, fué el vencedor otro gallo.

Que este pueblo, ¡cosa es clara! quiso que, al pisar su suelo el biznieto de tu abuelo, otro gallo le cantara.

Fué á los toros, y en su honor, vió con sus ojos rasgados, rocines despachurrados con muchísimo primor.

A tal llegó la humorada de obsequiarle con decencia, que se agotó la existencia de bayeta colorada.

Echaba chispas el piso: si entra un toro disfrazado de marido confiado, ocurre allí un compromiso.

Observé al chico, y ví en él, entre otras dotes muy ricas, mucha afición á las chicas y al cigarro de papel.

Sin saber cómo ni cuándo dicen que prendió la llama del amor, por cierta dama á quien conoció *trinando* .

Y *trinando* la dejó, á pesar de que es tan fina, que por mal génio no trina la dama que le flechó.

En nocturnas excursiones ha invertido algunos ratos: ya vé usted, todos los gatos son pardos en ocasiones.

Pero, siempre comedido, sólo quiso averiguar si jamás ha de faltar para un roto un descosido.

Y si estudios vino á hacer, pues por estudiar viaja, sacará mucha ventaja de esta excursion de placer.

Ya sabrá matar caballos, y sabrá que, en lances fieros, cual cumplidos caballeros salen á reñir los gallos.

Y sabrá en un dos por tres lo que produce, aplicada la bayeta colorada á las plantas de los piés.

Volvió, cual vino, á embarcar el muchacho, tan hermoso; no cazó aquí ningun oso, aunque hay muchos que cazar.

Dicen que vá satisfecho, [porque él es de buena pasta], y que se ha divertido hasta las entretelas del pecho.

Entero cual vino vá, por donde llegó se fué, y al marcharse le encargué expresiones á papá.

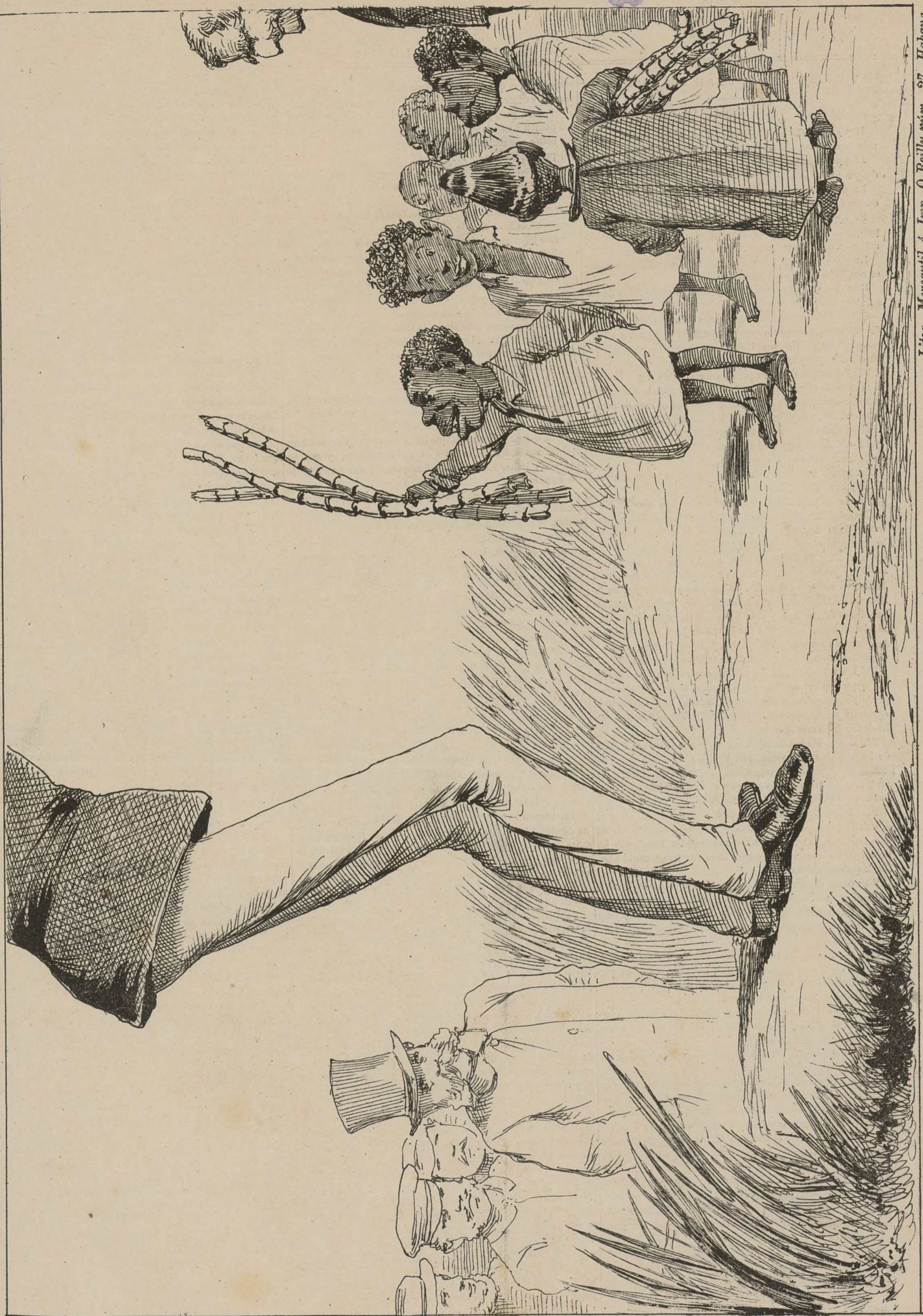
Ya lo sabe usted, de fijo, si usted quiere armar barullo, ó, como dicen, *embullo* , mándenos usted otro hijo.

Y como deseo aquí terminar estos renglones, dé usted muchas expresiones á quien pregunte por mí.

JUAN DE LAS VIÑAS.



MENTOR.—Amado Telemaco, vamos! porque si esto hacen pdr obsequiarte y cuando están contentos ¿qué será el día que se enfaden?



LAS CAÑAS.—Productos de la industria.

Litog. Mercantil é Imp. O'Reilly mím. 27. Habana

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 29 DE FEBRERO.

Hoy es un día privilegiado, JUAN PALOMO: un día que sólo se aparece cada cuatro años en el reloj del tiempo.

El que nazca en un día semejante, puede llamarse un ente desgraciado.

En primer lugar, no puede celebrar su natalicio más que de cuatro en cuatro años.

En segundo lugar, ha de morir joven irremisiblemente, porque aun cuando muera octogenario, no habrá celebrado más que veinte cumpleaños.

Lo que yo quisiera saber es cuándo debe pagarse un pagaré con fecha de hoy y á un año de plazo.

Este es un asunto serio que dejo á la consideración de los que tengan *ingléses*.

Quiero hablarte de otro asunto más serio todavía y que ha de convencerte de que no erré al asegurar que están esparcidos por los Estados Unidos los descendientes de la familia del hidalgo manchego.

Verdad es que en todas partes cuecen habas y que hoy día el mundo no es más que un manicomio en grande escala; pero locos como los que se descuelgan de vez en cuando en esta tierra, no es posible encontrarlos en ninguna otra parte.

Se ha dicho que aquí todo es grande, y es esto tan positivo, que hasta la locura que se apodera de algunos desgraciados suele tener colosales proporciones.

Escucha la noticia que de Washington han transmitido al *Herald* hace unos días:

"Entre los papeles que últimamente se han presentado á la Comisión Anglo-americana de Reclamaciones, hay un memorial de la señora Jane P. Thurston, la cual pretende haber comprado legalmente los Estados Unidos en pública subasta, el día 5 de Enero de 1870, en el Capitolio del Estado de Maire, en cuya ocasión vendió y traspasó dicho Estado de Maire, en uso de su derecho. Acompaña al memorial un folleto titulado: "Nuevo arte ó principio de ley para resolver cuestiones internacionales sin necesidad de apelar á la guerra, descubierto y explicado por la señora Jane P. Thurston, propietaria de los Estados Unidos, á saber: indemnización á la parte agraviada por violación de tratado ó convenio."

Tal vez esta noticia te haga reír; pero el asunto es grave.

Porque á mí se me figura que la clase de locura que desputa por el folleto de esa buena señora es una forma de la epidemia política que tantos locos ha hecho, está haciendo y ha de hacer en este mundo.

Ahí tienes, sin ir más lejos, el representante del Estado de Indiana en el Congreso, Mr. Vorhees.

No creas que porque represente al Estado de Indiana sea un indio: nó, todo menos que eso; es un hombre que pasa por civilizado, culto y hasta erudito.

Pues bien: ¿á qué otra cosa puede atribuirse la sarta de desatinos que espetó el otro día en el Congreso al tratar de la cuestión de Cuba, si no es á esa contagiosa locura que ha trastornado el cerebro de cuantos hombres han tomado á pecho la política moderna?

Y si, como voy observando, siguen los pueblos eligiendo á los hombres más locos para sus representantes, te prometo, JUAN PALOMO, que hemos de vivir tú y yo lo bastante para oír llamar "Manicomios nacionales" á los Congresos y Parlamentos.

Y ya que nos ha llevado al de Washington la ilación de las ideas, no voy á salir de él sin enseñarte una pintura en que están retratadas con vivísimos colores las maneras poco honorables de ciertos honorables Senadores.

El cuadro es obra de un redactor del *Tribune*, en cuyo periódico ha visto la luz, y como está trazado de mano maestra, voy á traducirlo de cabo á rabo.

Se titula el artículo: "De las uñas Senatorias," y dice tal como sigue:

"Los Cronistas de las bagatelas Capitolinas varían de vez en cuando sus revistas de salones, informándonos de qué modo se conducen tales ó cuales Senadores; de qué manera llevan el pelo y dónde se parten la raya, de si ponen ó nó los pies sobre el bufete; de si escupen tímidamente en ángulos inclinados hácia el suelo, ó bien hácia arriba en ostentosas parábolas.

"Estas noticias son interesantísimas, porque de aquel augusto cuerpo esperamos, no solamente sabiduría, sino todo lo que es, usando una frase del orador de Mississippi, "inapreciable, *nec plus ultra* y difícil de encontrar en ninguna otra parte."

"Uno de esos curiosos y vivaces gacetilleros nos anuncia que el Senador Carpenter, abismado sin duda en reflexiones de gigantesca magnitud, rara vez ejecuta la trivial ceremonia de abotonarse el chaleco, y que naturalmente se le sale la camisa, y la mece el aire elocuente del orador.

"Nos dice asimismo, con frases que revelan la admiración del cronista, que el Apolo del Senado que representa á Nueva York, cuando no está flotando en las regiones etéreas de la oratoria, se ocupa en arreglarse las uñas con un cortaplumas, con la más constante y estudiosa atención.

"Si algunos de nuestros lectores que estén acostumbrados á practicar á solas esta operación de su tocado, se sonrien, le

recordaríamos que la más mínima acción de los grandes personajes es interesante é instructiva.

"Es una gran prerrogativa el ser admitido á presenciar cómo peinan á una reina, y ver cómo se cierne el polvo de arroz sobre sus reales mejillas y se pegan lunares en su cárdena, pero inefable nariz.

"El Gran Monarca tomaba siempre sus eméticos en el trono y vomitaba majestuosamente en presencia de toda la Corte.

"El mismo Ciceron no se ha desdenado en relatar un incidente parecido de la vida de Julio César.

"Los jefes espartanos siempre se rizaban y se trenzaban el cabello delante de sus ejércitos ántes de entrar en combate.

"No es necesario citar más ejemplos para demostrar que los actos particulares de los grandes personajes son de gran interés público, y que de este modo la costumbre de uno sólo se convierte en ley para muchos.

"No hay ningún artículo en la Constitución que prohíba á un Senador limpiarse las uñas en pleno Senado [al menos mientras hay *quorum* ó mayoría], y el espectáculo no deja de ser edificante, no tan sólo para las galerías, sino para el país y hasta para la posteridad.

"Es un ejemplo que debieran imitar graciosamente los obispos en pleno Consistorio, los convidados en las grandes comidas y las señoritas en los intermedios del baile.

"Con esto mostraríamos que hasta en nuestras costumbres sociales nos anima un espíritu de independencia, y que no queremos imitar los hábitos afeminados y escrupulosos de los extranjeros.

"Nadie puede dar un ejemplo con más autoridad que un Senador, y el país debe felicitarle de que haya sido uno tan eminente el primero que lo ha puesto en práctica.

"Muchos de los individuos de la gran línea Senatoria descenderán á la posteridad llevando cada uno en la mano, con fría y lúgubre majestad, una escupidera, [porque es indudable que han de escupir hasta en el Averno].

"Pero uno al menos pasará á las edades futuras con la graciosa elegancia de Orsici, sabiendo manejar diestramente un cortaplumas y contemplando con póstuma aprobación el óvalo perfecto de sus uñas."

Y después de tan excelente boceto, si algún aguilucho americano se queja de que le han pintado las uñas sucias, le diré que no es leon el pintor: que la paleta es americana, y que lo ha vertido fielmente al español

JOHN BULL.

MADRID, 13 DE FEBRERO.

APUROS.

Entre muchos apuros que á mí me apuran, mi querido JUAN PALOMO, hay algunos de los cuales voy á ocuparme hoy sin más intención que la piadosa de ver si tú ó alguno de tus buenos lectores quiere sacarme de ellos, que para algo ha de servir la friolera de la amistad. Si yo fuera algo más culto de lo que soy, en lugar de apuros le hablaría á ustedes de *problemas* y les pediría una solución; pero como yo soy ni más ni menos que como Dios me ha hecho, allá me encajo hallándoles de apuros, que no parece sino que vamos á tratar de estirar la paga de un empleado subalterno.

Pues sí señor, yo tengo muchísimos apuros; y entre ellos figura en primera línea el que me aflige por eso de no saber qué es lo que en el mando se hace con el dinero. Desde una porción de años acá estoy oyendo decir constantemente, y en todos los círculos, y en todos los tonos, que *no hay dinero*; y yo mismo me pregunto, sin poder acertar nunca con una contestación satisfactoria: ¿dónde se mete, pues, el dinero labrado que existe en el mundo? ¿quién se come toda la plata y todo el oro que se acuña todos los días en todos los países?

¿Qué le parece á usted, le pregunté una vez á un amigo, de esta duda que me asalta respecto á lo que comunmente dicen del dinero? ¿No le parece á usted que es una mentira mayúscula esa que corre con tanta frecuencia de que no hay dinero?

—Le diré usted, me contestó el amigo; lo que es esa mentira que usted cita no es muy mayúscula que digamos, porque la verdad es que el dinero escasea algo más de lo que fuera menester; y es el asunto que de lo que hay mucho y se aumenta todos los días, como usted cree que sucede con el dinero, no escasea tanto. Yo ya sé, añadió, que usted tiene razón en eso de que todos los días se acuña dinero nuevo, pero yo tengo para mí que el motivo de su escasez consiste en que se *gasta* más del que se acuña.

Ecco il problema! exclamé yo entonces haciendo una pirueta por el estilo de la que suelen hacer con mucha frecuencia los que desean á todo trance ser ministros y no se salen con la suya; y escapé, sin despedirme, de mi amigo, dejándole una triste muestra de mi formalidad.

¡Se gasta! ¡se gasta! salí yo diciendo; pero en medio de mi júbilo vino la reflexión y me dejó más frío que un carámbano de nieve.

Y, en efecto, la solución que mi amigo había da lo al apuro que tanto me aquejaba, no pasaba de ser una solemnísima majadería.

¿Cómo se ha de gastar el dinero cuando el dinero no se consume, cuando únicamente lo que se hace con él es em-

plearlo? ¡Pues no parece sino que se trata de jamon de Westfalia ó de salchichon de Vich ó de sardinas de Nantes! Muchos hambrientos he conocido yo; pero la verdad es que á ninguno he visto todavía mascar una moneda de dos cuartos ni almorzar comiéndose un peso duro y ni aún siquiera roer una onza de oro. El dinero se emplea, pero no se consume como el aceite y el vino, y por ese motivo, digan lo que quieran, cada día hay más, puesto que cada día se acuña más, y eso de que no hay dinero sólo puede ser un inocente desahogo del que no lo tiene, ó yo no lo entiendo y queda por lo tanto mi apuro en pié.

Pero me consuelo con que no es ese el sólo que me apena. No lo pasé tampoco flojo el domingo 4 del presente mes en la reunión que los hombres políticos que se llaman radicales tuvieron en el circo de Price, en odio y encono hácia los hombres políticos de la misma comunión y del mismo partido que se llaman ministeriales. Como la entrada era gratis, había un lleno completo, y cuando yo llegué tuve que quedarme á la puerta con más de dos ó tres mil que esperaban un turno que no había de llegar, no sólo porque dentro había dos mil hombres más de los que cabían, sino además porque para que nosotros entráramos tenían ellos que salir, y precisamente estábamos de modo que les estorbábamos la salida. Desde la puerta, pues, poco pude oír algo de lo mucho que allí se habló; y aun ese poco más me valiera no haberlo oído puesto que sólo sirvió para añadir un apuro más á los muchos que tengo. Oí apreciaciones del gobierno y de la situación, que me hicieron pensar si los que las hacían, en lugar de lla, marse Martos ó Zorrilla, se llamaban Diaz Quintero ó Fernando Garrido; y dirigiendo entónces una mirada alrededor, hasta me pareció que todos los que estaban por allí eran los mismos á quienes había visto otras veces cuando en aquel mismo sitio se había reunido el partido republicano federal. Y aquí arreció mi apuro; ¿son lo uno ó son lo otro? decía yo; y como me contestáran todos que eran monárquicos, no pude menos de exclamar entónces:—Pues si rejas ¿para qué votos? y si votos ¿para qué rejas?

Es decir, y aquí se hizo mi apuro mayor, ¿si aquellos señores eran monárquicos, por qué hablaban de modo que parecían republicanos? y si eran republicanos, ¿por qué hablaban de fingirse monárquicos? Y esto debí pronunciarlo en alta voz, porque uno que estaba junto á mí me dijo al oído como contestándome:—Pues véalo usted ahí.—Con lo cual me quedé como con la contestación del otro del dinero, y mi apuro no cesó.

Y con esto y con unos cuantos codazos me escurrí de aquel laberinto, pensando en medio de mis apuros que allí había mucho ruido y pocas nueces, y que los ministeriales no harían mal al saber todo lo que allí había pasado, en entonar aquel cantar que dice:

Una escopeta
que no tenga llave,
cañón ni baqueta,
y apúnteme usted.

Pero me acordé que había baile de máscaras, y dejando el libro y el sueño para otro día, me apresté á ir al baile, creyendo que no me perseguirían hasta allí los apuros que tanto me preocupaban. El baile era de máscaras, en el teatro nacional de la ópera, y estaba magnífico. ¡Muchas luces, muchas alfombras, muchos dominós, muchas chicas y guapas, y algunos otros comestibles! Nada se echaba allí de menos, sino era eso que dicen que no hay, por más que cada día haya mucho más, y el baile y las máscaras.

Y aquí me tienen ustedes con otro nuevo apuro. ¿Por qué llamarán baile de máscaras á aquella reunión en que no había baile ni máscaras? Dicen que ahora es de rigor no bailar en los bailes de máscaras ni ir con la cara tapada, y por lo tanto, lo que pasa es que la función se reduce á estar reunida mucha gente, á cenar el que tiene bastante dinero para pagar lo mucho que allí exigen por cualquier friolera, y no pida usted más.

Considerado esto con despacio, hoy por hoy no tiene gran cota de particular, porque casi lo mismo sucede en los cafés. Antes iba uno al café en la seguridad de que con lo más que podían mezclarle ese género era con achicorias, y ahora se sopla uno en los cafés sin saber con qué se lo mezclarán. A lo mejor se lo mezclan con una zarzuelilla muy mala, acompañada de dos ó tres violines roncós, ó con una piecésita cómica ejecutada por verdugos del arte, capaces de estrangular el gusto del menos delicado.

Sucediendo esto en los cafés, no tiene nada de particular que suceda lo otro en los bailes de máscaras, y yo no debía apurarme por ello; pero ¡qué quiere usted! yo soy así y me apuro porque las cosas no tengan el nombre y significación que deben tener.

Para distraerme un poco de ese nuevo apuro con que había tropezado huyendo de los otros, empecé á examinar las lindas muchachas que habían ido al baile y no bailaban, y les aseguro á los lectores de JUAN PALOMO que las había capaces, no digo yo de hacer olvidar un apuro, sino hasta de obligar á un santo á crearse nuevas necesidades. ¡Válgame Dios y qué niñas encontraba uno de cuando en cuando! A una ví empeñada en marear á un señor político muy grave, y no sé por qué al pasar por junto á ella se me figuró que estaba piñendo una cosa y que tenía esperanzas de conseguir lo

que pedía. Yo, por si acaso, al pasar, le murmuré aquella cuartecilla, que dice:

Sabe, niña, aprovecharte,
porque como dice el vulgo,
buena cara y pocos años
son un riquísimo juro.

Y después de esto me marché á la cama.

Al despertar me encontré los periódicos del día con la noticia de que estaban muy adelantadas, las gestiones para conseguir el indulto de los desdichados estudiantes que en esa habian cometido la profanacion que tan cara les costó; y por poco vuelvo á mis anteriores apuros, puesto que supe que la principal gestion para este asunto partia de los centros españoles, á los cuales los laborantes y filibusteros llaman crueles y desapiadados. Pero este apuro concluyó pronto, porque me acordé al momento de que esas calumnias las inventan los mismos que quieren hacer olvidar sus traiciones y sus crueldades con hipocresías é invenciones.

Y en estas y en las otras han llegado los días de Carnaval, y nos estamos divirtiendo. Llenas están las calles y plazuelas de cuadrillas con sus músicas y todos sus menesteres; y no pasa un vecino honrado ni vicioso sin ser atacado por ocho ó diez galafates á la vez, vestidos de blanco, de verde ó de colorado, que le piden su *tanti cuanti in honore tanti festi*.

Les aseguro á ustedes que estas bromas son muy graciosas, y tanto que yo he estado varias veces, al ser víctima de esta gracia, por desear lo que deseaba un *barbian* de mi tierra que decía que él lo que ansiaba era que todos los hombres y mujeres se murieran.—¿Y qué íbas á hacer tú sólo en el mundo? le preguntó un amigo.—¡Toma! contestó él, poner una tiendecilla!

Y quizás, quizás me vaya yo á parecer á mi paisano.—A ver ciertas cosas quizás me vaya á entrar la manía de desear quedarme sólo para poder poner una tiendecilla á las que sólo pudieran dirigirse por el correo los lectores de JUAN PALOMO.

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

¡¡CUERNOS!!

Para obsequiar al Gran Príncipe, que como muestra nos manda aquel país donde abundan los rusos y las nevadas, se han escogido con pulso seis toros de buena casta, buenas piernas, buen pellejo, buenos ojos, buena raza, buenos cuernos, buena cola, buen pescuezo, buena panza, buena oreja, buen morrillo, buena intencion, buena estampa, buen génio, buenos modales y educacion esmerada. ¡Tan buenos eran, tan buenos, que al morir, de un mete-y-saca, han dejado sus asuntos de una manera tan clara, que los tristes albaceas no han de tener que hacer nada, á pesar que ab-intestato les ha cogido la parca.... Tres doncellas y un lacayo les afilaron las astas, les limpiaron los colmillos, les afeitaron la cara, los peinaron, los sonaron y les pusieron pomada, y limpios, elegantes, y con sus trajes de gala, uno por uno saliendo fueron todos á la plaza. ¡Ah! bien quisieron los míseros resistirse á tomar varas; pero al palco de su alteza dirigieron la mirada, y su deber, su decoro con voz ronca les gritaba: —Teneis que ser caballeros muy decentes, desde el asta á la cola, y viceversa, porque así el honor lo manda.— ¡Ah! bien quisieron los míseros no admitir las afiladas puntas de las banderillas, tan llenas de zarandajas; y un discurso pretendieron pronunciar, pidiendo gracia; mas su honor se sobrepuso, y al fin, no dijeron nada. Los *diestros* de la cuadrilla toda era gente de chapa, que en cuestiones de torero despejo tienen y maña.

Si un toro no les embiste, ni se apuran ni se enfadan, ni del capote hacen uso, porque del bolsillo sacan un billete de diez pesos, al toro frente á la cara se lo ponen, y está claro, el bicho á correr se mata, pues no hay toro ni persona que resista esta añagaza. Cuando á matar vá el torero, al señalar la estocada: —¡Que tu mujer te la pega!— le dice al toro, y se escapa. Con la herida y el disgusto de noticia tan infáusta se tiende el bicho, suspira, y estira, por fin, la pata. Este es el torero fino que hoy más se estila en las plazas; y por eso la corrida fué de toda confianza y se quedaron los rusos más contentos que unas pascuas.

JUAN DIENRE.

SARTENAZOS.

Con motivo de los últimos bailes han ocurrido escenas muy graciosas.

En una sastrería.

—Maestro, aquí le traigo á usted paño para un frac.

—No hay bastante.

—Tengo un amigo de mi estatura á quien su sastre no le gasta más paño que el que le traigo á usted.

—Eso no tiene nada de particular.

—Pues en qué consiste la diferencia?

—En que el hijo de ese sastre será más pequeño que el mio.

Un loco ha querido asesinar á la reina Victoria de Inglaterra.

Si viene aquí S. M. Británica, le damos una corrida de toros y una riña de gallos, y se muere ella por su gusto y sin necesidad de violencia.

En el baile del Ayuntamiento le preguntaba el Príncipe al Vice-Almirante:

—Cuando toca la orquesta vales de Straus ¿por qué dan esos golpecitos en el metal de los timbales, que parece materialmente un acompañamiento de almirez?

—Señor, para que V. A. forme una idea de lo que es el género *cursi*.

Caballeros, por Dios! si don Alejo le cuenta á su mamá cosas como esta, que huelen á organillo callejero, nos desacreditamos. Créalo usted, nos desacreditamos!

Las modistas, sastres, floristas y comerciantes en telas han decidido elevar una estatua al Príncipe Alejo, por el gran servicio que les ha hecho dando ocasion de que tengan salida muchos géneros *estancados*.

Otros quieren fabricar un príncipe, de encargo, para su uso particular y sacarlo al público en cuanto haya mala venta, como hacen en ciertos pueblos con los santos cuando no llueve.

La otra noche no pude probar ni un bocadito en el *buffet* del baile de Palacio, por la confusion que se armó al entrar la gente.

No lo siento por mí, sino por lo enfadado que se vá á poner el emperador de todas las Rusias cuando sepa que en una funcion en que era su hijo el protagonista me pasaron á mí tales cosas.

El Príncipe de Joinville es sordo como una tápia; y afirma un colega que quedó así de resultados del servicio.

¡Demonio! ¿de qué servirían los oidos de S. A. para quedar inservibles?

Por lo demás, ni este defecto fisico ni algun otro moral le incapacitan para ser diputado de la República. Cuando sus colegas quieran enterarle de algun asunto importante, se armarán de sendas trompetillas y trompetazos con él.

Y luego se quejarán si el vulgo malicioso les llama á todos *trompeteros!*

Si yo tuviera la lábia, la poesía y el sentimentalismo de los periódicos diarios, haría una revista *por lo fino* del magnífico baile de la *Gerona*.

Hablaria de las señoras de A. B. C. D., y de los trajes que llevaban las de E. F. G. y J.

¡Y qué de brisas y de suspiros y de ambientes embalsamados! y todas esas cositas que saben decir los revisteros del género sublime.

A la pata la llana diré que estuvo espléndido y que la marina española se ha portado como sabe portarse.

¿Qué tal? Sirve lo que he dicho?

Los generales Moltke y Roon han sido creados pares, de modo que cada uno vale por dos; pero ahí se quedan. La prevision imperial impide que lleguen á tres, declarándolos pares vitalicios.

Ea, ya están *multiplicadas* por dos esas celebridades modernas; ahora falta que el mejor día los *partan*.

MUSICA! MUSICA!

Telémaco.—Me gustan todas, me gustan todas, me gustan todas en general, pero esa tiple, pero esa tiple, pero esa tiple me gusta más.

Mentor.—Chiquillo, no digas eso, porque te voy á pegar.

Telémaco.—A mí no me pega nadie, ó se lo digo á papá.

Diálogo cogido al vuelo entre dos señoras en el baile de palacio.

—¿De qué medio me valdré para que él no crea que he bailado con Pepillo?

Diciéndole tú misma que has bailado.

Hablando un rato con formalidad, confesarémos que el Ayuntamiento de la Habana ha estado espléndido en sus obsequios al Príncipe de Rusia.

Del baile de Palacio no digo nada, porque me mareo.... de gusto.

¡Si yo supiera escribir revistas *por lo fino!*

Desde aquel día que bailé contigo
estoy muerto por tí,
y decidido vengo, niña mía,
á hablarte con buen fin.
Te llevaré al altar, y allí postrado
mi dicha pienso oír;
mas dispensa que te haga una pregunta
—¿Tienes dinero, dí?

La regata que inició el Gran Duque Alejo, celebróse con acompañamiento de elegantísimas damas.

¡Carambita! no sé yo escribir una reseña *por lo fino!*

Los premios fueron cuatro, consistentes en instrumentos náuticos y dinero para las tripulaciones, que se distribuyeron *in continenti*.

A bordo de la fragata rusa fueron obsequiadas señoras y caballeros, con chocolate, dulces y helados.

¡Cómo me luciría yo ahora escribiendo frases *por lo fino!*

¡Pícaro suerte!

De la *Imprenta Militar* han tenido la atencion de enviarnos un Escalafon del ejército expedicionario y permanente de esta Isla en 1º de Enero del corriente año.

Recibimos con gusto el regalo, damos por él las gracias y declaramos ingénuamente que es un trabajo tipográfico muy bien hecho.

El final de una polka en el baile del domingo:

Ella.—¡Ay, Luis! ¿Qué has hecho para que yo te quiera tanto?

El.—¿Qué he hecho? ¡Arruinarme!

REFLEXIONES DE UNA VIUDA.

—¿Qué es la vida? Una cuesta que debe subirse apoyada en el brazo de un hombre. El mio me dejó en la mitad del camino. Presiento que voy á rodarla de cabeza si no sustituyo el brazo bienhechor. ¿Con quién le sustituiré?... Un almacenista me guiña el ojo izquierdo, y un peluquero el derecho. Ninguno me agrada.

Yo desearia un hombre de gran posicion. Un hombre que metiera mucho ruido. Una especie de tambor mayor con título de conde.

¡Y el día vá pasando! ¡Y yo abandonada en la pendiente! ¡Cielos! ¡Que no me sorprenda la noche de este modo, ó no respondo de mí!

Apaga y vámonos.

GEROGLIFICO.



(La solucion en el número próximo.)

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria."



DESPEDEDIDA DEL PRÍNCIPE ALEJO.